

## VI

*Llegada del general Angel Martinez.—Almada es derrotado en Alamos.—Mange perece en Móvas.—Pesqueira regresa de Arizona.—El 4 de Mayo de 1866.—Combate cerca de El Ranchito.—Triunfo de Palacios en Alamos sobre los imperialistas.—Acción de Guadalupe.—Toma de Ures por las tropas republicanas.—Evasión de la legión extranjera.—Fusilamiento de Tánori, Almada, Pierson, Llaguno y otros cabecillas.—Confiscaciones.—Rendición de los yaquis.—Caída del Imperio en Sonora.—Reconstrucción del Estado.*

CON LA LLEGADA del intrépido General Don Angel Martinez á Sonora, comienza una época memorable en los anales del Estado. La de la reivindicación de su autonomía usurpada.

En el escenario de la guerra aparece esa figura tempestuosa, que se desprende como el rayo y cae sobre la tierra como el cuarto caballero del Apocalipsis, aterrorizando á los defensores del llamado Imperio.

Llega á Sonora precedido de la fama conquistada en los campos de batalla. A las puertas del Estado, en la ciudad de

Alamos venció á Almada aniquilándolo. Mandó en seguida fuerzas sobre el Mayo y sobre Núri; en Movas se le opone Mange, quien queda muerto en el combate y sus tropas destrozadas; dá una ruda batida á los yaquis y mayos y queda todo el distrito en poder del vencedor.

Pesqueira, entre tanto, regresa de Arizona.

Su presencia alienta á los patriotas que vuelan á agruparse bajo su bandera. La gran familia sonorenses agrupada al rededor de su jefe, se adelanta de nuevo á combatir por la integridad de su suelo.

Martinez se le incorpora, y aunque Pesqueira sintió humillado su amor propio con la presencia del intrépido soldado, juntos abrieron la campaña.

Entre tanto, el infatigable Almada había ya reunido numerosas tropas y héchose fuerte en Hermosillo, poderosamente auxiliado por la legión extranjera.

En la mañana del 3 de Mayo de 1866 se acercó á Hermosillo el general Martinez á la cabeza de cuatrocientos hombres de caballería, lo sitió y le mató al enemigo ocho exploradores, entre ellos los capitancillos Estrada y Longino Mendoza. En la madrugada del día 4 se le incorporó Pesqueira que se adelantó con una pequeña fuerza de caballería y á eso de las seis de la mañana llegó García Morales con nuestra heroica infantería y en el acto se atacó formalmente la plaza.

En esos momentos Hermosillo era presa de un pánico sin precedentes. Todos aquellos que habían delinquido prestándose á servir al Imperio, comenzaron á prepararse á la fuga, y la efectuaron todos los que pudieron; se ocultaron los más y algunos fueron á refugiarse al consulado americano.

Hacia allá se dirigía Dor Agustin Ainsa, cuando una bala le atravesó el pecho dajándolo muerto en frente de la Botica Alemana, á unos cuantos pasos del consulado.

La acequia comunera que atraviesa la ciudad fué el refugio de muchos.

Los oportunistas estudiaban el medio de lavarse las manos ante la magestad airada de la República que se abría paso barriendo la escoria que representaban los infidentes, y desde

el fondo de su escondite, dictaban disposiciones para que el vencedor fuese obsequiado en sus nombres.

Entre tanto, el combate seguía reñido y sangriento. El ataque era vigoroso pero los sitiados oponían una resistencia digna de mejor causa.

El general Martínez hizo entonces lo que nadie hubiera creído. Con un grupo de caballería atacó la artillería enemiga; en medio de un torbellino de polvo, de humo y de plomo cayó aquella tempestad humana sobre uno de los fortines sin hacer caso del fuego mortífero que arrojaban los cañones y mosquetes del Imperio; pasan sobre él y se entabla en las calles terrible lucha á sable, á la bayoneta. Jamás en los anales militares se había registrado un hecho de esa naturaleza, y jamás se había visto tampoco lo que entonces sucedió: que tropas regulares de infantería y artillería fuesen vencidas por un grupo de caballería. Los resultados vindicaron esa temeridad sin precedentes y aquel fortin fué la llave que abrió las puertas de la ciudad para dar paso franco á nuestra infantería.

García Morales, con aquel valor sereno que siempre lo distinguió, al frente de una columna de aguerridos matapeños, baviácoras y nácoris, dirigió las operaciones por otro rumbo, aniquilando al enemigo.

Toledo, que en una camilla había concurrido á esa acción, porque era presa de penosa enfermedad, se distinguió como bravo al tomar el Cerro de la Campana. Allí pasó un hecho digno de recordación y que no debe quedar en silencio; es uno de esos episodios sublimes que caracterizan á nuestro pueblo, por su nobleza y abnegación en los trances comprometidos.

El General Toledo, débil y estenuado, ascendía trabajosamente la montaña, cuando un humilde soldado, cuyo nombre nunca pudimos recojer, se le acercó ofreciéndole llevarlo en brazos. El jefe republicano sonriendo bondadosamente le dió las gracias, rehusando aquel generoso ofrecimiento que agradecía en el fondo de su alma.

—Mi general, insistió aquel bravo veterano, usted podrá mandarme fusilar por lo que voy á hacer, pero yo no puedo

consentir que mi jefe enfermo y estenuado como está, siga con tantos trabajos subiendo por estas rocas endiabladas.

Y uniendo la acción á la palabra, lo tomó en sus brazos y comenzaba á ascender cuando una bala traidora le atravesó el pecho haciéndolo caer de plano con su preciosa carga.

Pesqueira en medio de sus valientes fronterizos contemplaba satisfecho lo vigoroso del ataque y lo desastroso que era al enemigo que oponía tenáz resistencia.

“Hasta yo saqué mi raspon—dice Pesqueira en una carta en que comunica este suceso á un amigo suyo—mi caballo Picado me lo hecharon encima de un balazo y con bastante dificultad me pude safar; pero inmediatamente un sobrino mio me presentó un caballo.”

Un grito unísono de ¡Viva la República! lanzado por tres mil voces confundidas con las cadenciosas notas de nuestro himno nacional, anunciaron á los habitantes de Hermosillo el triunfo de las armas republicanas.

La legión extranjera había perecido totalmente y las calles estaban llenas de cadáveres y de heridos que era necesario socorrer.

Como Marco Aurelio al regresar á Roma de sus campañas por la Germania, Pesqueira al volver á Hermosillo se vió acediado por la multitud que gritaba:

“¡Saqueo, Saqueo!”

Y Pesqueira sonriendo exclamó:

“Si, saqueo, saqueo.”

¡Cuanto desprecio debió expresar esa sonrisa, para aquellos que le agradecían su salvación haciéndola pagar á tan gran costa!

Entonces comenzaron los desórdenes. La multitud se lanzó á las casas de comercio y dió principio el saqueo. Muchos soldados del contingente de Sinaloa, confundidos con el populacho, concurrieron también al saqueo y los esfuerzos de la oficialidad no fueron bastantes para contenerlos. Muchas familias fueron atropelladas y se cometieron desmanes que no fué posible evitar, porque no era posible hacer fuego sobre las masas del pueblo, desarmado y hambriento.

Las casas quedaron vacías, con sus puertas y ventanas rotas.

El General Lamberg, jefe de las fuerzas imperialistas en Sonora se acercó á Hermosillo ese día por el camino del cementerio. Supo en Ures la aproximación de las fuerzas republicanas á Hermosillo y se apresuró á salir con sus mejores tropas pero no llegó á tiempo del ataque.

Hablando de la aproximación de esas fuerzas y de la acción de Hermosillo dice Pesqueira en una carta fechada en San Marcial el 6 de Mayo:

“Precipité el combate con la fuerza enemiga, porque en esos momentos recibía el parte de que los franceses marchaban en auxilio de Hermosillo y necesitaba concluir con unos para ocuparme de los otros.”

Venían, pues, ese día sobre Hermosillo, el General Lamberg, Refugio Tánori, Salvador y demás jefes imperialistas con sus fuerzas reunidas.

Los republicanos salieron á encontrarlos y á una milla de Hermosillo, camino del cementerio, ya al oscurecer, se trabó el combate que fué reñido y sangriento.

Imperialistas y republicanos quedaron materialmente destrozados y en medio de las sombras de la noche ambas fuerzas abandonaron el campo, retirándose los imperiales rumbo al Alamito y los republicanos con dirección á Zubiato.

“El combate—dice Pesqueira—duró hasta que oscureció bien, quedando derrotadas ambas fuerzas. Ellos se retiraron en número de doscientos hombres reunidos rumbo al Alamito y nosotros á Zubiato.”

El General Martínez quedó ocupando la plaza de Hermosillo con sesenta hombres de caballería hasta el día 5 por la mañana, que salió para ir á incorporarse á Pesqueira en San Marcial.

En esa acción hubo muchos muertos y el descalabro de los imperialistas fué completo. En ella el Imperio en Sonora jugó el todo por el todo. Allí estaban reunidos sus principales caudillos y lo más florido de sus tropas, compuestas de más de mil hombres, de los cuales quedaron solo doscientos que necesitaron rehacerse para más tarde ocupar Hermosillo.

Las fuerzas republicanas muy destrozadas también, se reunieron en San Marcial en número de novecientos al tercer día después del combate, y Pesqueira salió rumbo á Alamos en busca de recursos para proseguir la campaña.

En una circular en que el Comandante de Los Bronces Don Francisco G. Heras dá la noticia de éstos sucesos se leen éstos párrafos que revelan civismo, abnegación y una fé ciega en la causa santa de la República:

“Por una comunicación que hoy recibí del General Pesqueira, fechada en San Marcial el 7 del presente mes, he sido impuesto del desastre que nuestras armas sufrieron el 4 del mismo en las goteras de Hermosillo, rumbo al Ranchito.

“El combate estuvo reñidísimo y el General Lamberg, que dió el ataque en la tarde de ese día, aunque él haya con sus fuerzas ocupado la ciudad de Hermosillo, no puede vanagloriarse de haber obtenido un triunfo.

“Los generales García Morales y Martínez conservan la mayor parte de sus fuerzas y muy pronto estarán reunidos al General Pesqueira para volver á la carga sobre las fuerzas extranjeras y traidoras, mandadas por Lamberg y Tánori, las que sufrieron pérdidas de mucha consideración en muertos y heridos en mucho mayor número que los nuestros.

“Ese suceso ocurrido contra nuestras armas no carece de significación favorable, si bien lo consideramos, puesto que él ha venido á justificar una vez más, que los defensores de la República, por un revés que sufren no pierden sus bríos jamás en el campo de batalla.

“Hoy con más ardor nuestros soldados, corren de nuevo á donde se encuentran sus jefes, y mejor organizados se preparan al combate, con la fé que inspiran nuestra causa y el deber sagrado que tenemos de salvar la independencia que nuestros padres nos legaron.”

Los Imperialistas, entre tanto, derrotaron al coronel Alcántara cerca de la Hacienda del Chino, pero no pudieron, sin embargo, gozar de un solo momento de reposo, pues las guerrillas republicanas los hostilizaron continuamente penetrando hasta las calles de las poblaciones donde iban á tirotearlos.

Pesqueira no tardó mucho en regresar de Alamos y con nuevos elementos de guerra, emprendió las operaciones sobre las fuerzas franco-traidoras unido al general Martínez. Volvió á ocupar la plaza de Hermosillo con un número considerable de fuerzas é hizo de esa ciudad su centro de operaciones.

Los imperialistas quisieron darle allí un golpe decisivo y simultáneamente marcharon sobre aquella plaza las fuerzas que ocupaban á Ures al mando de Lamberg y la numerosa legión extranjera que estaba de guarnición en Guaymas, pero Pesqueira evacuó la plaza dejando burlada la combinación franco-traidora.

El jefe francés, irritado con ese chasco, quiso minar la ciudad para volarla; pero habiéndosele opuesto la oficialidad á que llevara á cabo tan atroz determinación, en un momento de desesperación suprema puso fin á sus días dándose un pistoletazo.

La columna que mandaba regresó á Guaymas, y Lamberg con el grueso de sus fuerzas se volvió á Ures para combatir á las tropas republicanas que se aproximaban á aquella plaza.

Mientras esto pasaba en el centro, el coronel Don Adolfo Palacios se aproximaba á la ciudad de Alamos, y el 2 de Septiembre del mismo año de 1866, atacó la plaza derrotando total y definitivamente las fuerzas traidoras mandadas por Don José María Tranquilino Almada.

Dos días despues de la derrota de Almada en Alamos, Pesqueira atacó en los llanos de Guadalupe á las fuerzas imperialistas reunidas. El general Lamberg, que mandaba en jefe, pereció en esa acción, mientras que Tánori y otros cabecillas de alguna importancia huyeron en lo más reñido del combate. Las tropas imperiales quedaron en esta acción totalmente destrazadas y sus dispersos fueron á reunirse á Ures, último baluarte del Imperio de Sonora.

Los republicanos marcharon inmediatamente sobre aquella población que tomaron á viva fuerza.

Allí terminaba la guerra.

El Imperio en Sonora dejaba de sér desde el momento en que sobre la torrecilla de la corrección flameaba la bandera de la República.

Pesqueira mandó á Martínez sobre Guaymas; á Alcántara sobre los pueblos de Onavas y Móvas; y sobre el Altar, donde aún imperaba el llamado prefecto superior Don José Moreno Bustamante, al comandante Don José J. Pesqueira.

Todas estas expediciones obtuvieron felices resultados quedando todos los pueblos sometidos al gobierno legítimo.

Los franceses al tener conocimiento de la aproximación de Martínez al puerto de Guaymas se embarcaron precipitadamente, dejando muchas provisiones de boca y guerra que no tuvieron tiempo de llevar á bordo.

Sonora, pues, se veía libre del invasor debido al esfuerzo de sus hijos. La legión extranjera salía de nuestro puerto sin que se le hubiese ordenado evacuar la plaza y obedeciendo únicamente al instinto de la propia conservación; dejando detras de ella, á sus aliados, los traidores, comprometidos y luchando con una situación insostenible.

Al día siguiente entró Martínez á Guaymas y luego comenzó á reforzar sus tropas para proseguir la campaña sobre el interior de la República.

Se ven en la historia resurrecciones de tipos que casi hacen creer en la trasmigración de las almas. A más de doscientos años de distancia, Carlos XII de Suecia reaparece en Sonora bajo una nueva forma, más concreta en su acción y moviéndose en más pequeño círculo pero animado del mismo furor bélico. El general Martínez en la época de la intervención fué un Carlos XII extraviado.

Como el rey de Suecia, nada tuvo de humano ese soldado implacable, hacía la guerra como se hace gimnasia, por pura necesidad de temperamento. La mujer, que enervó á Sanson, que encantó á César y que hizo llorar á Alejandro, no entró jamás en su corazón, cerrado como una ciudadela. Las madres, las esposas, las hermanas de los infidentes que caían en su poder, iban á bañar de lágrimas los cascos de su caballo implorando clemencia para los prisioneros, pero jamás consiguieron de él otra cosa que la más seca negativa. Era vencedor ó vencido con la misma indiferencia. Una derrota—dice un autor francés—causa tanto ruido como una victoria.

Martinez solo pide á la guerra ruido y humo. Su bravura no es ardiente ni apasionada. Como Samuel Gelb, ama el peligro y lo domina porque es su elemento. Para vivir necesita el ruido del cañon y el olor acre de la pólvora.

Por eso apénas hubo terminado la guerra en Sonora; cuando ya él estaba listo para ir á combatir á otra parte. Y fué á unirse á Corona como se hubiera unido á cualquier otro jefe la víspera de una batalla.

Sonora mandó con él un nuevo contingente de tropas, que sirvieron á sus órdenes hasta rendir la campaña que terminó con la caída del Imperio en Querétaro y la toma de la capital por el general Díaz.

La magestad de la República ofendida, tenía que descargar un golpe terrible sobre el partido imperialista en Sonora, porque había delinquido mucho y pesaban sobre él gravísimas responsabilidades.

En Septiembre de 1866 en una frágil lancha perteneciente á un francés, se embarcaron para la Baja California el titulado general Refugio Tánori, Don José María Tranquilino Almada (á) El Chato, un hijo de éste, el Doctor Pierson, Alfredo Llaguno, Abelardo Veles Escalante y otros cabecillas que fueron capturados en el golfo por Lorenzo Aviléz á cuyas manos rindió la vida Don José María Tranquilino Almada, regresando con los otros prisioneros á Guaymas, donde el General Martinez los hizo juzgar por un consejo de guerra y sentenciados á muerte expiaron con el sacrificio de la vida el crimen de su traición.

A Don Francisco Aguilar, uno de los que habían delinquido sirviendo al Imperio se le impuso una multa de \$15,000 y á otros se les confiscaron sus bienes como puede verse en el siguiente aviso publicado en el número 2 de *La Estrella de Occidente* correspondiente al 18 de Enero de 1867:

“Jefatura de Hacienda del Estado de Sonora.

Por designación que ha hecho el C.º Gobernador y Comandante Militar del Estado en 28 del presente, conforme se previene en la 1.ª disposición de la Suprema Circular del Ministerio de Hacienda y Crédito Público, fecha 21 de Noviembre

último, esta Jefatura de Hacienda está procediendo á la investigación y aseguramiento de los intereses de las personas en quienes concurren circunstancias agravantes por el delito de traicionar á la patria, segun la misma designación los cuales se expresan en la siguiente lista:

Manuel María Gánlara, José María Almada, Santiago Campillo, J. P. Camou y Hermanos, Manuel Veles Escalante, (éste fué Prefecto Departamental ya al caer el Imperio.)

Francisco Gándara, José Moreno Bustamante, Antonio Carrillo, Gregorio Moreno, Mariano Salazar, Dionisio Gonzalez, José María Tranquilino Almada, [á] Chato, Antonio Anselmo Almada, Salvador Vazquez, Manuel Vazquez (á) Paredes, Juan Mella, Antonio Terán y Barrios, Refugio Noriega y Luis M. Redondo.

En consecuencia se requiere á todos los deudores á las indicadas personas á que verifiquen su pago á la Hacienda Pública á que están afectos esos intereses, entendiéndose que la contravención al presente requerimiento se considerará como fraude de los intereses nacionales y será caso de gran responsabilidad que exigirá la misma Hacienda segun lo demarcan las leyes.”

Ya solo los yaquis quedaban en pié de guerra y el gobierno mandó sobre ellos una brigada al mando de García Morales, y una campaña de tres meses fué suficiente para someter á la tribu rebelde.

Ocupado como estaba el gobierno de Sonora en la reconstrucción del Estado despues del cataclismo del Imperio, no podía ni quería apartar la vista de los acontecimientos que tenían lugar en el interior de la República, y observando que el ejército de Occidente estaba falto de recursos, mandó al general Corona un auxilio de veinte mil pesos, destinados á la compra de armas y equipo de la fuerza.

El gobierno comenzó entónces á trabajar sin descanso en su obra de reorganización.

Restableció las compañías presidiales destinadas á proteger al Estado de las irrupciones de los apaches que no cesaban de hostilizarnos; generalizó la instrucción pública tanto cuanto se

lo permitieron los escasos recursos de que podía disponer; hizo construir algunas carreteras para poner á los pueblos en comunicación y facilitarles el tráfico; organizó la hacienda pública; restableció los municipios; en una palabra, todo lo creaba porque todo había sido destruido.

En esa época tuvo Pesqueira por constante auxiliar á su laborioso secretario el ilustrado sonorenses Don Cirilo Ramirez, liberal y patriota sin tacha, y digno bajo todos conceptos.



## VII

*Renovación de los poderes públicos.—Reelección de Pesqueira.—Descontento público.—Deseos manifiestos del pueblo.—La revolución de La Noria encuentra partidarios en Sonora.—Pronunciamiento de Leiva proclamando al general Diaz para Presidente de la República.—Pesqueira sale en persecución de los pronunciados, los derrota en Potrerito Seco y fusila á los cabecillas del movimiento.—Pesqueira marcha sobre Sinaloa.—Reformas á la Constitución del Estado.—Pronunciamiento de Conant.—Elección de Don José J. Pesqueira.—Revolución de Serna.—Intervención federal.—Caída de Pesqueira.*

**E**L NUEVO ORDEN DE COSAS se inauguró con la renovación de los poderes públicos, y Pesqueira fué otra vez reelecto gobernador constitucional del Estado.

Entonces comenzó á manifestarse la pública desaprobación á la administración Pesqueira, pero el descontento no se originaba en el resultado de la elección, sino en que los elementos del poder público fueron empleados con menoscabo de la opinión y de los sufragios legítimos del pueblo.

Sin embargo, los sonorenses sufridos y abnegados por tem-